

Intervención de José María Aznar en el XIII Premio FAES de la Libertad

MADRID, 16 OCTUBRE 2026

OS agradezco vuestra asistencia a la entrega del Premio FAES de la Libertad en su decimotercera edición. Una vez más, nos congregamos para reiterar nuestro compromiso con un valor último –la libertad– fundamento de toda moralidad y de toda política.

Sabiendo que nuestro tiempo demanda figuras ejemplares, hemos concedido el Premio FAES de la Libertad a Rosa María Payá, Masih Alinejad y Yulia Navalnaya. Homenajeamos así su virtud cívica y su trayectoria en defensa de la libertad.

La libertad se aprecia, sobre todo, cuando se pierde. En cada una de las premiadas reconocemos un sacrificio particular frente a una servidumbre concreta y, en todas ellas, su disposición a defender la libertad cuando “brilla por su ausencia”.

La decisión del patronato quiere honrar su contribución al prestigio de la causa democrática en Rusia, Cuba e Irán.

Rendimos el merecido homenaje a tres mujeres a quienes el feminismo impuesto de nuestra *progresía* doméstica mantiene “invisibilizadas”; probablemente, porque las tres son personas libres, alérgicas a cualquier sumisión, incluida la ideológica. Cuando se tiene autoridad moral, no se necesita el *empoderamiento* de nadie.

Amigos,

Cuando Vladimir Putin llegó al poder, empezó a erigir un Estado *sui generis*, combinación de lo que él define como “democracia soberana” y de lo que calla, siendo evidente: la eliminación física de la oposición.

Un Estado implacable. Pero, como todo poder sin legitimidad, un Estado que tiene miedo. Alexey Navalny fue envenenado porque la autocracia rusa tiene miedo. Miedo de cualquier voz libre, aunque sea la de alguien encarcelado a 60 kilómetros del Círculo Polar Ártico.

Navalny desafió al régimen de Putin y pagó con la vida su empeño de luchar por la libertad. La muerte de Navalny, el enquistamiento de Putin en el poder y la cronificación de la guerra en Ucrania son un triángulo fatídico para Occidente, que la propaganda rusa fortalece, fomentando la apatía política interior e intoxicando a la opinión exterior.

Por eso sorprende la simpatía de cierta derecha europea hacia el régimen de Putin. Parece ver en él una expresión *vigorosa* de virtudes tradicionales. Abismal confusión. Putin es un autócrata pragmático. Resulta absurdo que su retórica sobre la decadencia occidental seduzca a nadie. Porque su Estado es un ápice decadente; sucesor de un régimen como el soviético, hostil por principio a cualquier forma reconocible de moral.

Concedamos, sin embargo, que Putin pueda enseñarnos algo. Tal vez a enfrentarnos con la realidad y a despertar de algunas ensoñaciones utópicas. El viejo sueño de la “paz perpetua”, por ejemplo. Por desgracia, los sueños de la humanidad no están sintonizados. Putin no sueña lo mismo que nosotros. En cualquier caso, aunque las utopías sean inservibles, pensar utópicamente tiene consecuencias. Creer que la diplomacia y el comercio sustituirían para siempre el peligro inherente a la existencia política nos ha preparado mal para este *regreso de la historia*.

Por eso resulta tan inspiradora la actitud de Yulia Navalnaya durante estos años; por ejemplo, al dirigirse a la oposición rusa, diciendo: “Lo más importante de mi marido era que no tenía miedo. Y yo tampoco tengo miedo”.

Quien añore el retorno de virtudes fuertes, no debería suponerlas en regímenes que envenenan a distancia, sino en quienes dieron su vida por la libertad, como Alexei Navalny, o en quienes la consagran en el mismo altar, como Yulia Navalnaya.

Amigos,

Cuba lleva años agonizando. Los cubanos se mueren de hambre, parasitados por una oligarquía tiránica. Y cuando hambrunas y apagones los sacan a la calle, la represión del régimen solo les deja tres opciones: la resignación, la prisión o el exilio.

Que nadie venga con la cantinela del embargo estadounidense. Es el comunismo quien organiza el hambre y la represión.

En España, muchos que ahora miran a otro lado se han pasado décadas apoyando la dictadura. Siempre saludando los gestos sin contenido del régimen como *grandes pasos* hacia la democracia.

Nosotros no podemos engañarnos. El castrismo propone un dilema suicida: su perpetuación o el hundimiento colectivo. Ningún planteamiento sincero de transición democrática por su parte. Y, sin embargo, se debe trabajar para que esa transición tenga lugar de forma auténtica: sin tutelas del régimen ni privilegios para el Partido Comunista. El mundo libre debe solidarizarse con la disidencia y poner a la oligarquía comunista frente al espejo de sus tremendas responsabilidades.

Cuba no puede esperar. Tenemos con ella un especial deber de gratitud: así lo reclama el recuerdo de tantos españoles que emigraron allí. Hoy son muchos los cubanos que emprenden el trayecto inverso huyendo del castrismo.

Este premio es también para ellos. Y para todos los que no tuvieron siquiera la triste opción del exilio. Su sacrificio no nos es indiferente. Menos aún, la esperanza de una Cuba libre, democrática y en paz.

Rosa María Payá es uno de los rostros más visibles de la disidencia democrática cubana. Y una de sus personalidades más lúcidas y valientes. Hija de mi buen amigo Oswaldo, es digna sucesora suya en su misma lucha por la democracia en Cuba. Rosa tiene bien diagnosticado el colapso cubano y orienta productivamente sus esfuerzos al diseño de una salida democrática, lo que ella misma denominó, hace poco, la planificación del “día después”. Sabe que para salir de la crisis primero hay que salir de la dictadura, y quiero decir que la firma el pasado marzo del Acuerdo de Liberación establece un marco acertado para una transición viable.

Rosa María, sabes que cuentas con nosotros para acompañarte, alentarte y asistirte en todo lo que esté en nuestra mano.

Amigos,

2026 comenzó con un incremento inédito, en volumen e intensidad, del movimiento del pueblo iraní reclamando libertad y democracia. Las protestas aumentaban en ritmo y en magnitud en grandes ciudades como Teherán y en el noroeste del país. Esas voces fueron acalladas con una violencia extrema de la que el mundo fue testigo horrorizado.

Por eso me parecen irresponsables, hipócritas y radicalmente equivocadas las poses morales que cierta izquierda suele ensayar cuando habla de Irán. Todavía es peor cuando llaman a su cínica complicidad “cabalgar contradicciones”. Demasiadas *almas bellas* quieren ignorar lo evidente: que solo con ayuda externa tendrán los iraníes una posibilidad de emanciparse del régimen que los masacra.

Cualquiera pudo comprobarlo este enero sangriento: pese al levantamiento en masa, pese a muestras de coraje desesperado, una represión carente de humanidad y límites ahogó en sangre la sed de libertad de todo un pueblo.

Hoy es un buen día para recordar los miles de hombres y mujeres iraníes masacrados por el simple hecho de resistir la sumisión. Para recordar a Masha Amini y a todas las mujeres iraníes caídas al grito de “mujer, vida, libertad”, vergonzosamente olvidadas por tanto feminista con aversión al riesgo.

Recordar a todos los iraníes asesinados desde la instauración de la teocracia en 1979, así como a las víctimas del terrorismo vicario que Irán alienta y financia en todo el mundo, incluida España. Porque Irán promueve la desestabilización a gran escala; se rodea de milicias criminales; controla una parte sustancial del narcotráfico mundial; impulsa operaciones terroristas con el objetivo declarado de destruir Israel y colapsar Occidente.

Intenta imponer en suelo europeo su inversión de valores y su frenético antisemitismo. Ante semejante desafío, no cabe invocar un Derecho que solo sirva para desarmarnos. Cuando la política renuncia a enfrentar el peligro, no sobrevive ningún derecho.

Masih Alinejad lo sabe bien. Exiliada en Estados Unidos desde 2009, es conocida en Occidente por su campaña contra la imposición del velo y por su infatigable denuncia de la represión política y social en Irán. Su activismo la ha colocado desde hace tiempo en el punto de mira del régimen: ha sufrido varios intentos de secuestro y asesinato; recientemente, hemos tenido noticia de otro.

Masih aspira simplemente a que Irán sea una democracia secular, con libertades básicas: de expresión, de religión, de movimiento o de vestimenta; no lleva velo, tampoco bozal cuando denuncia las políticas de apaciguamiento hacia Teherán.

Masih, cuentas con nosotros porque tu lucha es la nuestra.

Amigos,

Nuestras premiadas dan ejemplo de cómo resistir a la servidumbre. Saber negarse a la coacción y ordenar la propia vida conforme a un módulo personal, es un gesto tan insólito que impresiona ejemplarmente.

Ellas también aleccionan a quienes defendemos una libertad todavía no aplastada, pero sí amenazada por algo que precede a la servidumbre: el servilismo. Porque la libertad implica no solo el derecho a no ser esclavizado, sino el deber de no caer por propia culpa en ninguna esclavitud. No hay esclavitud más torpe que la voluntaria, sentenció Séneca.

En relación con esto, mencionaré a dos exiliados republicanos de quienes sin ser nieto me siento heredero.

María Zambrano, que algo sabía de libertad y exilio, advertía así sobre los peligros del servilismo:

“Los hombres tienen miedo de la libertad al mismo tiempo que la aman; sufren cuando se ven privados de ella, y la rechazan cuando la tienen. Diríase que lo más humano es querer la libertad para no usarla, o para usarla en momentos de embriaguez, de pasión o de entusiasmo, cuando ya deja de ser verdaderamente libertad y linda con el delirio... Solo cuando se carga con el peso de la propia existencia se es de verdad libre.”

Quienes fomentan el servilismo siempre empujan la democracia en sentido iliberal. Para uncir a su carro el más fuerte de los impulsos políticos, el anhelo de libertad, suelen prometer una “nueva libertad”.

Dicen que solo ellos son capaces de completar una vieja lucha, en la cual el logro de la libertad política fue solo el primer paso. El sutil cambio de significado a que someten la palabra *libertad* para que el argumento se reciba con aplauso es importante.

En su sentido clásico, *libertad* es libertad frente a la coerción, frente al poder arbitrario de otros hombres. La *nueva libertad* prometida es, en cambio, alivio de la indigencia, supresión del apremio de las circunstancias. En este sentido, *libertad* no es más que un sinónimo de *poder o riqueza*.

Tan solo otro nombre para la vieja aspiración de una nivelación autoritaria. Y aunque la palabra se use en diferente sentido, pocos se preguntan si esas dos clases de libertad son compatibles. Porque las libertades clásicas son límites que el poder público debe observar. Pero el signo de las segundas es exactamente el contrario: se pide al Estado que, para igualar y acabar con la necesidad, emprenda una serie de acciones, movilice una serie de medios y se inmiscuya en una serie de esferas de la vida social.

Si el Estado asume la satisfacción de ese imperativo, más allá de cierto límite, no hay escape: una lógica inexorable le lleva a una regulación absorbente de la conducta individual, en proceso expansivo que puede llegar a destruir todo ámbito libre. Si el Estado determinase exhaustivamente todas las necesidades y satisfacciones de sus ciudadanos, no quedaría resquicio ninguno para lo que entendemos por libertad.

Salvador de Madariaga también sabía mucho de libertad y exilio. En uno de sus libros ilustraba la actitud del hombre libre, ajeno a cualquier tentación servil, recordando la anécdota de un campesino castellano que esperaba la cola para votar.

Un agente electoral se le acercó enseñándole un duro en el hueco de la mano. El campesino, impasible. Le mostró un billete de cinco duros. Nada. Acabó sacando un billete de cien pesetas, una fortuna para aquel hombre. Entonces la impasibilidad cedió al desprecio, y el campesino dejó caer estas palabras: “En mi hambre mando yo”.

La frase sirve de emblema, porque el instinto de libertad viene a ser en el hombre como una fidelidad a sí mismo.

Cuando escuchamos promesas desaforadas, cuando vemos comprometer cantidades en metálico como argumento electoral, conviene recordar al campesino de Madariaga, para advertir que libre es quien sabe y puede conservar en sus propias manos el poder de decidir a cada paso cuál ha de ser el sendero de su vida y vive en una sociedad que no le impide ejercer este poder.

Amigos,

Hoy FAES quiere reconocer un ejemplo todavía más alto, el de tres mujeres que no solo “mandan en su hambre”, también “aventuran su vida”, haciendo patente con su ejemplo la conocida sentencia de don Quijote:

“La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida.”

Muchas gracias.